

Jardines interiores de manzana del Eixample. Barcelona

Barcelona es una de las ciudades más densas del mundo (casi 16.000 habitantes/km²) y, al mismo tiempo, de las que tiene menos zonas verdes (solo 6 m2 de verde por habitante). Concretamente, en el Eixample, el 95% de la superficie está cubierta por edificios, aceras y asfalto y, por tanto, solo el 5% es de tierra y transpira.

Entre las diversas estrategias para revertir esta situación, la red de **jardines interiores de manzana** es probablemente la más singular. La gran mayoría de estos **jardines** se caracterizan, por un lado, por estar delimitados en todo o casi todo su perímetro por edificios que los aíslan de la calle y, por otro lado, por estar cerrados durante la noche.

Este proyecto urbano, casi único en el mundo, comenzó en los años ochenta y sigue creciendo año tras año. Actualmente, en toda la cuadrícula proyectada por Cerdà, repartida principalmente entre los distritos del Eixample y Sant Martí, ya hay más de setenta **jardines** interiores de manzana.

Cada uno de los **jardines** es único tanto por sus dimensiones como por la vegetación que se puede encontrar, por los usos previstos (juegos infantiles, ping-pong, área de perros...), por los elementos patrimoniales o artísticos que conserva, por los equipamientos que lo complementan o por el nombre que se le ha otorgado.

Precisamente, un aspecto característico de la red de **jardines** interiores de manzana es que muchos de ellos llevan nombre de mujer. Con la voluntad de “feminizar” un nomenclátor municipal prácticamente monopolizado por figuras masculinas, hace años el Ayuntamiento comenzó a asignar nombres de mujeres a los nuevos **jardines** que se han ido abriendo.

El plano-guía describe la evolución del verde urbano en la trama del Eixample y explica cada uno de los nombres de los **jardines**.



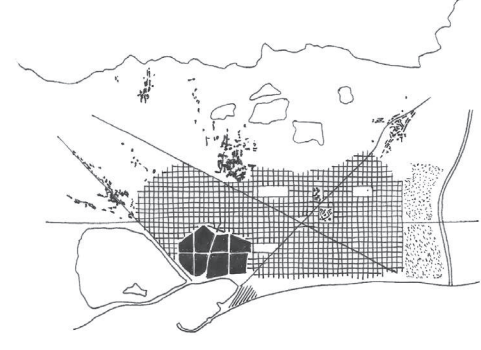
LA CIUDAD AMURALLADA

Barcelona fue una de las últimas ciudades europeas en derribar sus murallas. Empieza a hacerlo en 1854 y no culmina el proceso hasta 1873. Pero para ello tiene que sufrir y luchar.

Con la Revolución Industrial, la ciudad se llena de fábricas que atraen a trabajadores venidos de todas partes. Entre principios y mediados del siglo xix la población se duplica, hasta llegar aproximadamente a los 200.000 habitantes, y la densidad aumenta hasta los 900 habitantes/ha. Esto provoca un crecimiento en altura de los edificios y, por tanto, el empeoramiento de las condiciones de insolación y ventilación de las calles, ya bastante estrechas, y de las viviendas, a menudo subdivididas para alojar a más gente. Además, la ciudad arrastra unas nefastas condiciones de higiene y una crónica falta de infraestructuras sanitarias, como alcantarillado o agua corriente. En estas circunstancias, las epidemias de fiebre amarilla y cólera son constantes y la media de vida se sitúa en 36 años para los ricos y en 23 para los pobres y jornaleros. El malestar de la población aumenta y se empieza a reivindicar el derribo de las murallas y el ensanchamiento de la ciudad.

En 1841 el Ayuntamiento convoca un concurso para analizar las ventajas de derribar las murallas medievales. Pere Felip Monlau, médico e higienista, resulta ganador con el trabajo *¿Bajo las murallas?*, en el cual pide la expansión desde el Llobregat al Besòs.

La amplia difusión del proyecto y el impulso popular provocan el enfrentamiento entre la sociedad civil, con el Ayuntamiento de Barcelona a la cabeza, y el gobierno central, que en 1854 termina cediendo y aceptando el derribo de las murallas. Al año siguiente, Ildefons Cerdà recibe el encargo para hacer el levantamiento del plano topográfico del llano de Barcelona, y posteriormente estudia las condiciones de vida en la ciudad y publica la *Monografía estadística de la clase obrera de Barcelona en 1856*.

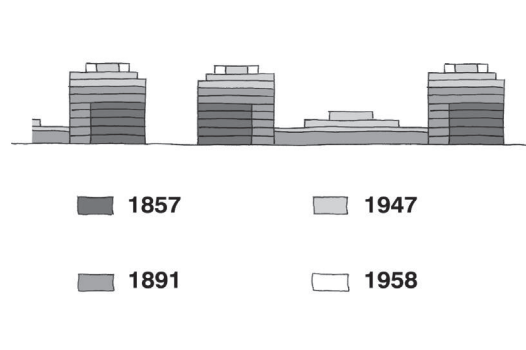


EL PROYECTO DE ENSANCHE DE Cerdà

Tras décadas de espera, en 1859 se toma la decisión de ampliar la ciudad. En febrero el gobierno español opta por encargar directamente el proyecto a Ildefons Cerdà, decisión que desagrada al Ayuntamiento, que prefiere convocar un concurso. Así, mientras el proyecto de Cerdà es aprobado por el gobierno, el Ayuntamiento declara ganadora del concurso la propuesta de Antoni Rovira i Trias. El gobierno central, sin embargo, ordena la ejecución del Plan Cerdà, y en septiembre de 1860 la reina Isabel II coloca la primera piedra del Eixample.

Ildefons Cerdà plantea un proyecto de ciudad racional e igualitaria, donde no haya diferencias entre barrios y donde las condiciones de higiene y salubridad sean adecuadas. Cerdà defiende el equilibrio entre los valores urbanos y las ventajas rurales (“Ruralizad lo urbano, urbanizad lo rural”, escribe al principio de la *Teoría General de la Urbanización, 1867*) y propone una ciudad articulada a través de una malla de calles anchas (20 m) y espacios verdes. La retícula vial da lugar a islas construidas solo en dos o tres de sus lados y jardines en los interiores. La gran excepción dentro de esta red de calles paralelas y perpendiculares a la línea de costa, pensada para facilitar la circulación, son las avenidas Diagonal y Meridiana, que se cruzan con la Gran Vía en la plaza de Les Glòries, imaginada como el nuevo centro metropolitano. Además, Cerdà plantea la distribución uniforme de zonas de servicios, tales como mercados, escuelas, centros sociales e iglesias.

El Plan de Reforma y Ensanche de Barcelona, considerado hoy en día un proyecto pionero en la evolución del urbanismo moderno, no fue bien recibido por la burguesía local, tanto por ser impuesto por el gobierno español como, sobre todo, por el planteamiento de una ciudad socialmente más justa y el “déspilfarro” de espacio.



LA PERVERSIÓN DEL PROYECTO

Las ideas racionalistas, igualitarias, antijerárquicas y antiautoritarias del Plan chocan frontalmente con la visión elitista de las clases acomodadas, que desde el principio se proponen desvirtuarlo en connivencia con el Ayuntamiento.

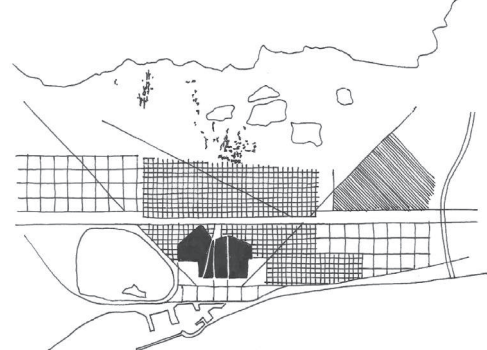
En primer lugar, consiguen que en la versión aprobada del Plan las manzanas con solo dos lados construidos cedan protagonismo en favor de otras construidas en todo su perímetro y, por tanto, con más superficie edificable.

Posteriormente, mediante ordenanzas se permite hacer edificios más altos y más profundos de lo que el Plan de Cerdà preveía inicialmente y se autoriza construir toda la planta baja de los interiores de manzana, ya sea con pasajes y casitas a ambos lados o bien con otras distribuciones y usos.

Todo esto coincide con la Fiebre del Oro de la década de 1870. Proprietarios, promotores e indianos vueltos de las colonias con grandes fortunas ven la urbanización del Eixample como una gran oportunidad de negocio. Aquí construyen sus palacetes a la vez que levantan edificios de viviendas y especulan con el precio creciente del suelo, mientras se olvidan de los espacios verdes y los equipamientos previstos en el Plan original.

Durante el Modernismo, fenómeno promovido por la burguesía industrial que busca en este singular estilo la manera de distinguirse socialmente, las críticas virulentas a la regularidad del Eixample continúan. Así, por ejemplo, Puig i Cadafalch afirma que la homogeneidad igualitaria de la trama entra en contradicción con la voluntad de dotar ciertos espacios o instituciones de la ciudad de una representatividad especial.

Ya en pleno siglo xx, la construcción y densificación del Eixample continúa hasta el punto de llegar, a finales del franquismo, a 290.000 m3 construidos por manzana, cuando Cerdà había previsto unos 67.000, y a la falta casi absoluta de zonas verdes y espacios de uso público.

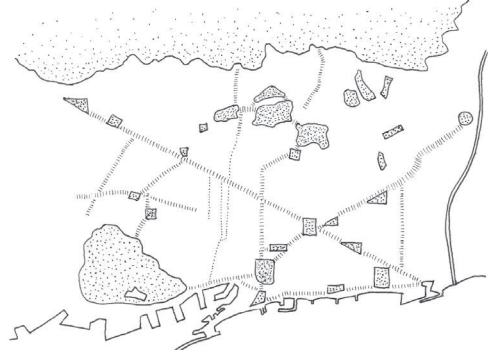


LAS PRIMERAS REIVINDICACIONES

Una de las primeras quejas por la ausencia de jardines donde poder estar y jugar con los pequeños la expresa a principios de los años veinte la Junta de Señoras de la sociedad cívica Ciudad Jardín, que la dirige a Nicolau M. Rubió i Tudurí, director de Parques y Jardines. En consecuencia, se urbanizan los Jardines de la Reina Victoria, en Gran Vía entre el paseo de Gràcia y la Rambla de Catalunya, y los Jardines del Doctor Duran i Reynals, ante la Facultad de Medicina, en el Hospital Clinic.

Una década más tarde, el GATCPAC (Grupo de Arquitectos y Técnicos Catalanes para el Progreso de la Arquitectura Contemporánea) inicia la revalorización del Plan de Cerdà. Ellos, en colaboración con Le Corbusier y Pierre Jeanneret, redactan entre 1932 y 1934 el Plan Macià (nombre en homenaje al presidente de Cataluña). Este nuevo plan de expansión de Barcelona propone, de acuerdo con las ideas del momento, la división de la ciudad en zonas funcionales (residencial, industrial, de actividades económicas, etc.), la reforma y el saneamiento del casco antiguo y la extensión de la ciudad a partir de una retícula de manzanas más grandes, a ambos lados del Eixample ya consolidado. Para estas nuevas zonas residenciales proponen la creación de módulos de 400 x 400 m —equivalentes a nueve manzanas (3 x 3) del Eixample de Cerdà— con amplias zonas verdes en planta baja y grandes bloques de viviendas, no siempre alineados a la calle, que pasan por encima de ellas.

El Plan Macià pretende articular una Barcelona moderna y abierta al mar, con la urbanización de lo que hoy es el Poblenou hasta el río Besòs, por un lado, y de Santa y L’Hospitalet, por el otro. Este Plan es un referente importante cuando, casi sesenta años después, se proyecta la Villa Olímpica y, más recientemente, por la propuesta de las supermanzanas.



LA RECUPERACIÓN DEL ESPÍRITU DE Cerdà

Tras el franquismo, con la recuperación de los ayuntamientos democráticos, Barcelona se plantea el reto de introducir el verde en el Eixample mediante la apertura de jardines públicos en los interiores de manzana, recuperando la idea original de Cerdà. El objetivo es que una de cada nueve manzanas del Eixample tenga un jardín interior, es decir, que todos los habitantes del Eixample dispongan de una zona verde a un máximo de 200 metros de su casa.

La recuperación de los interiores de manzana ha ido acompañada de unos criterios de diseño que tienen por objetivo diferenciarlos del espacio público de la calle y de las plazas abiertas. Así, se opta preferentemente por pavimentos blandos, se introducen especies vegetales que ofrezcan sol en invierno y sombra en verano y que aporten olor y color, se coloca mobiliario urbano que facilite la relación entre los vecinos, una estancia tranquila y el ocio de los pequeños y se instala una iluminación tenue que de noche no moleste a los vecinos. Asimismo, se intenta que los jardines vayan acompañados de algún equipamiento público para asegurar el flujo de visitantes y la revitalización social de los espacios.

Desde que se abrieron los primeros jardines interiores de manzana hasta la actualidad se ha inaugurado una cincuenta de jardines en el distrito del Eixample y una veintena en el de Sant Martí, sobre todo en el Poblenou, y se ha recuperado un total de más de 150.000 m2 de espacio verde.

El reto, sin embargo, no se detiene aquí. Se siguen abriendo nuevos jardines para cubrir zonas donde todavía hay carencias y asegurar una distribución más homogénea en el territorio. Además, surgen nuevas propuestas para introducir el verde en la trama del Eixample: la reconversión de Les Glòries en una gran zona verde central, la reestructuración de la cuadrícula a partir de supermanzanas y la creación de corredores verdes que crucen los barrios (paseo de Sant Joan, avenida de Roma, etc.) son proyectos que nos acercan cada vez más al ideal de Cerdà.

